

## LA BATALLA DE SAN ISIDRO DEL GENERAL

**Gral. Miguel Angel Ramírez Alcántara**

En el curso de la guerra [la guerra civil de marzo-abril de 1948 en Costa Rica] se libraron otras batallas de gran importancia, duración y poder destructivo sobre las fuerzas enemigas, tales como El Empalme, El Tejar, etc, pero ninguna de ellas presenta las características especiales que presentó la batalla de San Isidro del General [sic, **San Isidro de El General**] En ella se estaba jugando la suerte, en primer lugar, del único centro terminal aéreo de abastecimiento de materiales de guerra para poder continuar las operaciones militares, y segundo, era la retaguardia del frente del Norte, y si se perdía San Isidro, se le dejaba abierta una arteria de comunicaciones rápidas desde el Pacífico hasta llegar al Empalme y a Santa María [de Dota], puntos pivotaes del frente del Norte. Por consiguiente, nuestras fuerzas, que sostenían el frente del Norte, se hubieran visto cogidas entre las poderosas puntas de lanza de las fuerzas del Sur que venían al mando de un general bravo y aguerrido y las ya concentradas por el gobierno en el frente del Norte.

Por otra parte, en la mayoría de las batallas de importancia que se libraron en el curso de la guerra, nuestras tropas combatientes tenían suficientes cantidades de tropa de reserva con que auxiliar a nuestras unidades empeñadas en el combate. Pero esto no ocurría en San Isidro del General. Yo defendía la plaza con seis pelotones de dieciocho hombres cada uno y tres o cuatro jefes, y media docena de civiles asignados temporalmente a mi unidad. En una palabra, contaba con un efectivo de 118 a 120 hombres, para combatir a un enemigo de 250 a 280 hombres, guiados por jefes y oficiales de bastante capacidad e iniciativa, pues se trataba nada menos que del general Tijerino [el general nicaragüense **Enrique Somarriba Tijerino, uno de los escasos sobrevivientes de la plana mayor de Sandino**], el líder comunista Carlos Luis Fallas y el líder socialista Leiva Leiva, según pudimos constatar en el curso de la batalla y después de terminada ésta.

Combatimos casi sin descanso, como leones acorralados (pues Tijerino y sus hordas nos quitaron casi la mitad del pueblo en la primera fase de la batalla) desde las 5:30 a.m. del lunes hasta hasta la 1:30 p.m. aproximadamente del martes, habiendo recibido únicamente un pelotón de dieciocho hombres de refuerzo, que llegó el lunes como a las 5:30 p.m. al mando del valiente oficial teniente Domingo García, trayendo

como segundo al teniente Acuña. Con estos refuerzos no completaba ni siquiera mi fuerza inicial de 120 hombres, pues ya para la hora en que llegó este pelotón, había perdido casi la cuarta parte de mis efectivos, entre bajas y pérdidas en el campo de batalla y otros que habían abandonado sus puestos, como ocurrió con un teniente a quien le di la misión de aguantar con su pelotón de dieciocho hombres a todo costo un punto clave de la carretera, que era nuestra única vía de escape, en caso de que sufriéramos una derrota. Este oficial, en el momento crucial de la batalla (cuando llegaron tres aviones enemigos) abandonó su puesto y, por consiguiente, nos dejaba a merced del enemigo, si éste hubiera logrado sus repetidos intentos de avanzar por nuestro flanco izquierdo, para cortar la carretera y embotellarnos en la parte del pueblo que ocupábamos. Pero afortunadamente logramos rechazarlo con el fuego de nuestras ametralladoras de sitio emplazadas en mi puesto de mando y desde donde controlábamos un arco de círculo abierto de casi 160 grados, que comprendía la totalidad de la línea enemiga.

De modo que por eso digo que la batalla de San Isidro de El General presentó características especiales que no presentó tal vez ninguna de las batallas de importancia que libraron nuestras unidades de combate. En ella se combatió con la espalda a la pared (como se suele decir), aislados y a 60 kilómetros de nuestro cuartel general que en esa fecha se empeñaba en consolidar el frente del Norte, que era atacado en el sector de El Empalme hasta tres veces al día<sup>1</sup>. No estaba en condiciones de auxiliarme con la rapidez y la urgencia que requería mi situación, frente a un enemigo valiente, aguerrido y con grandes habilidades e iniciativa en los movimientos tácticos, como lo demuestra el hecho de que con un golpe de audacia se nos había metido en la mitad del pueblo y sin pérdida de tiempo ocupó objetivos dominantes y emplazó francotiradores en varias azoteas y árboles frondosos que hacían absolutamente imposible toda clase de contraataque desde nuestra línea de resistencia.

La batalla de El Tejar (en Cartago), que fue la más intensa y sangrienta y la que

---

<sup>1</sup> Hay que aclarar que el autor está hablando del foco insurreccional inicial. José Figueres inició la rebelión en su finca La Lucha, y los primeros choques se dieron en la Carretera Interamericana, cerca de El Empalme. Este foco inicial tenía como límite Norte (lo que el autor llama Frente Norte) una línea que iba desde la mencionada Carretera Interamericana al Este hasta más allá de Santa María de Dota en el oeste, el área usualmente denominada de Los Santos, una región montañosa sumamente quebrada. La finca La Lucha está situada más o menos a mitad de camino entre El Empalme y Santa María de Dota. Por el sur el foco llegaba hasta San Isidro de El General, posición clave, pues como dice el general Ramírez, allí estaba el único aeropuerto del que disponían para recibir las armas que les fueron suministradas desde Guatemala por el presidente Juan José Arévalo y el millonario dominicano Juan Rodríguez. Una vez consolidado este foco inicial, cubría un área demarcada por la Carretera Interamericana Sur al Este, la línea montañosa mencionada al norte, la carretera que desde San José, pasando por Desamparados y Aserrí, llega hasta el área de Los Santos, y San Isidro de El General, adonde llegaba una carretera procedente de la costa pacífica, de la playa de Dominical, que fue de gran importancia para la movilización de las tropas gubernamentales en su intento por tomar San Isidro.

costó al enemigo mayores pérdidas de hombres y material, se libró en las cercanías de Cartago, en donde teníamos 400 o 500 hombres de reserva, para reforzar nuestras unidades empeñadas en tan sangrienta batalla. Algo similar ocurrió en El Empalme, pero no así en San Isidro de El General<sup>2</sup>.

Por otra parte, en la batalla de San Isidro de El General se emplearon todas las reglas y tácticas de combate inherentes a las grandes batallas; se definen claramente las distintas fases del combate; se emplean movimientos de avance, de flanqueo y de infiltración, la lucha cuerpo a cuerpo por capturar nuevas posiciones, protegidas las fuerzas de asalto (enemigas) por tres aviones que bombardean y ametrallan nuestra línea por más de una hora para romper nuestra resistencia; se planean movimientos envolventes de retaguardia, etc. Cada fase de la batalla es planeada y decidida cuidadosamente, pues no me podía permitir el lujo de hacer un movimiento en falso, porque esto podía costarme la pérdida de la batalla.

Antes de entrar a describir las diferentes fases de la batalla, quiero hacer un pequeño paréntesis para hacer justicia con un elogio a los heroicos muchachos costarricenses que combatieron en esta memorable ocasión, y que comparten conmigo las responsabilidades y la gloria de la defensa de San Isidro de El General. Para ellos y para los valientes que cayeron abatidos por las balas enemigas en ese día, van estas memorias. No puedo dejar de mencionar, de una manera especial, por los méritos contraídos por ellos en esta acción de guerra, a don Fernando Valverde<sup>3</sup> (entonces delegado político y desde ese momento [?]), a los tenientes Tuto Quirós, Edmond Woodbridge, Rodrigo Silesky, Edgar Sojo (castigado por el enemigo más que ningún otro, pues en la primera fase de la batalla le destruyeron totalmente su pelotón, teniendo que replegarse a las trincheras), al capitán Guillermo Núñez y otros oficiales y soldados cuyos nombres no recuerdo en este momento, que pelearon como leones acorralados en las trincheras de la plaza de San Isidro de El General, rodeados por las hordas asaltantes

---

2 La batalla (más bien combate, pues todas estas acciones involucraron números relativamente pequeños de contendientes) de El Tejar ocurrió cuando ya los figueristas habían consolidado su posesión del foco inicial y se dejaron caer sorpresivamente sobre Cartago. El gobierno intentó contraatacar a lo largo de la Carretera Interamericana, y el choque se produjo en El Tejar, punto donde termina la meseta en la que Cartago se halla y se inicia la larga cuesta que asciende por la Cordillera de Talamanca. Hay que tener en cuenta que el autor no piensa como un guerrillero sino como comandante de un ejército rebelde. Esta tendencia a verse a sí mismos como parte de un ejército convencional y no como guerrilleros en parte se debió a la influencia de la recién terminada Segunda Guerra Mundial, y a que aún faltaban ocho años para que se iniciara el movimiento de Fidel Castro en la Sierra Maestra de Cuba, quien evidentemente tuvo en cuenta la experiencia de Figueres, cosa en la que también pudo haber influido que ambos recibieron asesoría del general cubano-español Alberto Bayo Gairaud, veterano de la Guerra Civil Española.

3 Fernando Valverde Vega, posteriormente colaborador de Figueres durante muchos años. Fue Ministro de Seguridad Pública.

de Tijerino, por espacio de 24 horas.

También quiero compartir con mi compañero de armas el entonces capitán Morazán<sup>4</sup>, mi ayudante y segundo en el mando de la columna (hoy mayor, comandante del Batallón San Isidro y segundo oficial ejecutivo del Ejército de Liberación de Costa Rica), quien planeó la batalla conjuntamente conmigo y que jugó un papel importante en la primera fase de la batalla, pues fue su columna la que recibió el primer impacto de todo el grueso y hasta pudo colocarlos en un sitio estratégico y dominante, desde el cual contribuyó eficazmente para la estabilización de nuestra línea principal de resistencia.

Las referencias que me hicieron los oficiales y soldados que acompañaban a don Fernando Valverde en este memorable día, hacen grande elogio y honor al valor y determinación de este gran soldado que con su serenidad imperturbable alentaba a los soldados a que resistieran hasta que llegaran los refuerzos tan ansiados por todos.

Para unos y otros van estas memorias; a los primeros, para que guarden con celo, respeto y patriotismo místico, los principios por los cuales combatimos y a los segundos para asegurarles que su sacrificio en aras de la patria no será en vano, mientras hijos de Costa Rica marchen al combate, por la redención de los pueblos oprimidos; mientras haya tiranos en la América que soñó Bolívar y que atesoraron Morazán y José Martí.

Por otra parte, geográfica y económicamente hablando, San Isidro de El General era la llave y centro de convergencia de todo el tráfico del Pacífico y del Sur de la República, puesto que allí convergen las vías de comunicaciones que vienen de toda la costa del Pacífico y del Sur, y desde el punto de vista económico era en esa época la más grande fuente de abastecimiento de granos, legumbres, dulces y ganado, sí como de ropas y vestuario para el consumo de nuestras tropas, y además tenía un hospital que podía acomodar un par de docenas de heridos y enfermos.

Hechas estas consideraciones y no pretendiendo de manera alguna demeritar las otras acciones de guerra, no restarle importancia en el orden táctico y estratégico en que se registraron, paso enseguida a describir las distintas fases de la batalla en el orden en que se sucedieron.

## PRIMERA FASE.

Por razones de estrategia el Jefe de la Guarnición de San Isidro ordenó que se

---

4 Francisco Morazán, hondureño.

evacuara la plaza ante el peligro inminente de las hordas de Tijerino que avanzaban sobre la ciudad, arrollando a nuestras avanzadas que guarnecían las vías de aproximación. Al saberse la noticia en nuestro cuartel general en Santa María, y dándonos cuenta de lo que significaba para la Revolución la pérdida de esta importante plaza, en seguida propuse al mando que me enviaran con tropas a San Isidro para defenderlo y recapturarlo si era que ya había caído en poder del enemigo, a la cual accedió el mando, no sin antes sostener un largo debate y en el cual hacía yo resaltar lo que significaba para nosotros la pérdida de San Isidro. Al fin el mando accedió y se dispuso que yo saliera rápidamente al mando de una columna, lo cual hicimos el domingo por la mañana.

Como a las 4:30 o 5 p.m. de ese mismo día domingo, entré con mi columna a San Isidro, desplegada en forma de combate, en un movimiento de pinzas, creyendo que el enemigo se me había adelantado y que se encontraba ocupando el pueblo. Pero pronto comprendí que el enemigo no había entrado, pero que se encontraba a corta distancia.

En seguida organicé una patrulla de exploración y personalmente practiqué un buen reconocimiento, para establecer la posición del enemigo, así como la cantidad de tropas con que contaba.

Del resultado de esta exploración pude establecer que el enemigo se encontraba como a cinco kilómetros del pueblo en unos cerros situados al suroeste del campo de aterrizaje. De nuestras observaciones y por los informes obtenidos de algunos vecinos pudimos llegar a la conclusión de que el enemigo operaba con un contingente de 250 a 280 hombres.

Yo estaba casi seguro de que seríamos atacados en las primeras horas de la madrugada y por eso propuse a mis oficiales que atacáramos al enemigo antes de que éste nos atacara en el pueblo. Pero la tropa estaba sumamente fatigada por la marcha forzada de la tarde y casi todos opinaron que debíamos darle descanso a la tropa y esperar las primeras horas de la mañana para que emboscáramos al enemigo en su marcha de aproximación hacia el pueblo.

Después de haber tomado todas las medidas de seguridad y emplazado los retenes en los lugares estratégicos para evitar una sorpresa del enemigo, ordené a mis hombres que se acostaran a descansar, que los levantaría a las 3 de la madrugada. Mientras tanto yo me quedé sentado en mi escritorio trazando mi plan de batalla y asignando los pelotones a los distintos objetivos que debíamos atacar. A las 3 de la madrugada

comencé a levantar la tropa y ordené de antemano que se le preparara café, pan y mantequilla y que fuera cada pelotón a tomar su desayuno en orden y con la mayor rapidez posible, pues estaba seguro de que seríamos atacados entre las 3 y las 5 am. Una vez que la tropa hubo desayunado di las órdenes necesarias para la ejecución de mi plan de batalla.

## PLAN DE ATAQUE.

Considerando que mi adversario disponía de mayor número de tropas y que a pesar de que teníamos algunas trincheras en donde guarecernos para esperar el asalto enemigo, desde el primer momento descarté la idea de atrincherarnos en el pueblo para resistir el ataque, porque dada la superioridad numérica enemiga, muy bien podían estos lanzar un ataque concéntrico sobre nosotros y rodearnos por todas partes, pues nuestro contingente resultaba débil para hacer una buena defensa y evitar que el enemigo nos circunvalara y nos fijara en un perímetro reducido, privándonos de nuestra movilidad, dada la posición topográfica del pueblo de San Isidro de El General, que es una plaza completamente abierta y de fácil aproximación por una fuerza asaltante, sobre todo si es tropa fogueada. Por otra parte, la mayoría de nuestros soldados eran tropas bisoñas, no acostumbradas a batirse tan de cerca y mucho menos en las calles de una plaza abierta. Todas estas razones me convencieron de que no debía esperar el asalto de Tijerino con la totalidad de mis tropas embotelladas en el pueblo de San Isidro, sino por el contrario, que debía yo tomar la iniciativa y salir rápidamente a encontrarlo en el camino por donde debía avanzar en su marcha de aproximación hacia el pueblo. En este sentido estuvimos de acuerdo Morazán y yo, e inmediatamente dispuse emprender la marcha con una parte de nuestros efectivos.

Puesto que en la noche habíamos dejado al enemigo acampado a 5 kilómetros en los cerros y bosques al suroeste del campo de aterrizaje, yo estaba casi seguro de que éste no avanzaría por la carretera (que viene de Dominical hacia San Isidro), sino que lo haría por el camino de Pavones para atacar por la parte suroeste del campo de aterrizaje, por el puente de la Martin y posiblemente por el aserradero.

Basaba mi aseveración de que el enemigo vendría por el camino de Pavones y no por la carretera, en el hecho de que nuestros adversarios habían venido combatiendo con nuestros destacamentos a lo largo de la carretera, desde Dominical hasta el Alto de San Juan, y era muy lógico que éste presumiera que teníamos la carretera minada y máquinas de sitio emplazadas en lugares estratégicos de la carretera, como lo habíamos hecho en repetidas ocasiones. Por tanto, Morazán y yo convenimos en dividir las fuerzas en tres

partes iguales en la forma siguiente:

A-Dejé dos pelotones emplazados en algunos puntos estratégicos del pueblo, para tener nuestra retaguardia protegida en caso de que fuéramos rechazados. Como oficiales de estos pelotones figuraban los tenientes y el capitán que mencioné en el comienzo de esta relación: Quirós, Woodbridge, Silesky y Sojo, y el Capitán Núñez. Como colaborador, a don Fernando Valverde.

B-Dos pelotones comandados por el capitán Mario Rodríguez Rodríguez y toda la columna al mando del capitán Morazán.

Esta columna debía salir del pueblo, pasar por el puente de la Martin, luego torcer a la derecha y tomar el camino de Pavones (por donde debía venir el enemigo) para ocupar unos bosques bien tupidos y protegidos, y emboscar a las fuerzas de Tijerino a su paso por dichos bosques.

C-Dos pelotones comandados por el capitán Benjamín Odio y el teniente Chávez respectivamente, llevando como oficiales a los tenientes Roberto Fernández, Juan Arrea, Elías Vicente y el sargento Rodrigo Quesada (hoy capitanes), estos tres últimos ametralladoristas.

Esta columna bajo mi mando debía salir del pueblo en vehículos, tomar la carretera que va para Domatical hasta llegar a un puente que está como a tres kilómetros del plantel de la Mills. En aquel puente debíamos dejar los vehículos, cruzar a pie hacia el suroeste del puente hasta llegar a unos cerros y bosques, en donde estaban las tropas de Tijerino esa misma noche, cuando hicimos la exploración antes mencionada.

En una palabra, yo debía situarme inadvertidamente a la retaguardia de las tropas de Tijerino y caminar detrás de ellas a una distancia razonable, para darle oportunidad de que cayeran en la emboscada que de acuerdo con nuestros cálculos debía ponerles Morazán.

SEGUNDA FASE.

### Movimiento de Morazán

Morazán sale de la plaza con su columna a las 5 am. a marcha forzada, para ocupar el objetivo que se le había asignado. Pasa el puente de la Martin, dobla a la

derecha, toma el camino de Pavones a toda prisa, pero se encuentra con el grueso del enemigo cuando apenas había avanzado 1 ½ kilómetros: el enemigo se había movido de su posición original y ya no fue posible emboscarlo. Se entabla el combate, y viendo Morazán que era inútil toda defensa en un campo poco protegido, y además que ya la vanguardia del enemigo venía flanqueando el camino por el lado sur de éste, para caer sobre el puente, ordena la retirada para replegarse al puente de la Martín e impedir el paso del enemigo por dicho puente. Pero cuando quiso llegar a éste, ya la vanguardia enemiga se le había adelantado y comenzaba a ocupar el puente. Entonces, para no ser cogido entre la vanguardia y el grueso enemigos, tuvo que cruzar el río un poco más abajo del puente (al sur), replegándose por el sector comprendido entre el puente y el campo de aterrizaje, hasta llegar a las trincheras del parque. Allí deja una parte de la gente y él sale con la otra con rumbo al noreste del parque, para ocupar el Cerrito de Las Manzanas, situado como a un kilómetro en la carretera internacional [la Carretera Interamericana] en dirección a Boquete y La División. También el capitán Rodríguez, con ocho hombres, que formaban parte de la columna de Morazán, venía con rumbo al oeste para ocupar otro punto dominante de la carretera. La idea de ambos comandantes coincidió con la idea y la decisión que yo también había tomado hacía pocos minutos, como se verá en seguida.

#### Entran en acción los pelotones del parque.

Movimiento de Quirós, Woodbridge, Valverde, etc, etc.

Los dos pelotones que se habían quedado ocupando el pueblo, al darse cuenta de que las tropas enemigas estaban ya a las puertas del pueblo, ocuparon las trincheras del parque y desde allí se batían con denuedo y valor, haciendo repetidos esfuerzos por rechazar los constantes asaltos de las fuerzas de Tijerino, quienes llegaron a fuego y sangre hasta situarse en varios puntos dominantes que circundaban el parque en donde estaban emplazadas las trincheras. También ocuparon una parte de la iglesia (situada al este del parque), la comandancia, que llamábamos la Casa del Kentucky (situada diagonalmente opuesta a la esquina sureste del parque), tal como yo lo había previsto al tomar mi decisión de no esperar el asalto enemigo embotellado en el pueblo.

Tengo que consignar en estas líneas que el heroísmo de los oficiales y soldados que defendían estas trincheras rebasó todos los límites de la temeridad, la constancia y el sacrificio, por lo cual todos ellos son acreedores a una mención especial por méritos de guerra contraídos en esta heroica defensa. Se combatía a menos de treinta yardas, y sólo con granadas de mano se podía mantener al enemigo a corta distancia. Hubo casos,

según me refirieron algunos testigos oculares, en que los soldados asaltantes llegaban hasta el borde de la trinchera, machete en mano, como lobos sedientos de sangre, sólo para caer abatidos por el fuego de mis muchachos que se batían con la espalda a la pared. Allí se combatió alternativamente por el espacio de treinta horas, sin que los asaltantes lograran desalojar a nuestros hombres, ni los nuestros controlar al enemigo.

Como se verá en seguida, cuando mis hombres ocuparon las trincheras, aún no había yo entrado en acción, pues me encontraba un poco retirado del nuevo escenario de la batalla. Pero media hora después supe en la precaria situación en que habían quedado rodeados por varios puntos que ocupó el enemigo. Yo sabía todo esto, pero en esa primera parte de la batalla no podía hacer nada por ellos, pues me hubiera sido fatalse me hubiera metido en el pueblo y a las mismas trincheras con ellos.

De modo que, además de darme cuenta de que se estaba jugando la suerte de de la revolución de Costa Rica, en esta batalla también me daba perfecta cuenta de que mis compañeros de armas estaban encerrados como tigres heridos en las trincheras del parque. Pero yo tenía que consolidar primero mis líneas, para luego venir en ayuda de ellos. En lo más crítico de la batalla pensaba en ellos y la idea de que fueran a pensar que los había dejado abandonados a su propia suerte; y este pensamiento me enardecía y me daba fuerza y un poder sobrehumano, para terminar pronto y acudir a salvarlos.

### Movimiento de Ramírez.

Salí con mi columna del parque en dos vehículos. Tomé la Carretera Internacional que va para Dominical. Antes de pasar el puente mencionado anteriormente sobre esta carretera, dejamos los vehículos y crucé rápidamente hacia el sureste para situarme en el lugar que ya había asignado. Pero mientras cruzábamos por este sector oíamos el fuego concentrado del enemigo, y el de Morazán y Rodríguez, que ya hacía unos diez minutos que habían establecido contacto. Ya por la mitad del trayecto que debíamos cruzar, me di perfecta cuenta de que Morazán y Rodríguez se estaban batiendo solos con el enemigo, y que por más que la columna avanzara no llegaría a tiempo para coger al enemigo por la retaguardia (Mi juicio fue correcto según pude constatar media hora después) Entonces decidí retroceder rápidamente por el mismo camino por el que había avanzado. Debía tomar los vehículos y a toda marcha llegar otra vez al pueblo, para reforzar los pelotones que había dejado, y venir en auxilio de Morazán, pues sabía que no estaba en condiciones de detener al enemigo.

Cuando ya venía entrando a la orilla del pueblo y en el momento en que

apeábamos de los vehículos frente al cementerio (en la parte oeste del pueblo) se presentó el capitán Rodríguez, que venía replegándose con ocho hombres, con el deliberado propósito de ocupar el cementerio y tratar de parar a sus perseguidores que lo venían siguiendo a corta distancia.

Reunido ya con el capitán Rodríguez y sus ocho hombres, en seguida entablamos combate con la columna enemiga que venía persiguiéndolo, y posiblemente con la idea de ocupar el cementerio y cortarnos la carretera.

Desde esta posición batimos al enemigo y lo obligamos a retroceder después de haberle hecho algunas bajas.

Sin pérdida de tiempo ocupamos con mi columna y los hombres de Rodríguez una línea a lo largo de la carretera, como de un kilómetro. Esta línea comenzaba en una casita situada como a 200 metros al sur del cementerio; luego viene el cementerio, luego otra casita de la Mills, luego la torre, en donde están emplazados cuatro tanques de agua. Le seguía un solar de la Mills en donde había algunos tractores abandonados, y por último, el cerrito de Las Manzanas, que dominaba la salida del pueblo hacia el norte, sobre la carretera que viene para La División.

La disposición en que coloqué a mis hombres fue la siguiente: en el extremo sur de la línea (la casita) empecé al capitán Benjamín Odio y al teniente Roberto Fernández, con ocho hombres, que cubrían como 200 metros. Le seguía el capitán Mario Rodríguez con ocho hombres, cubriendo el cementerio; le seguía el teniente Juan Arrea con seis hombres, cubriendo el espacio comprendido entre el cementerio y el plantel de la Mills; le seguía la torre de los tanques de agua, que la ocupamos tres hombres con una ametralladora de sitio pesada, una Mendoza y un fusil; seguía el teniente Valldeperas con tres hombres, cubriendo el solar de los tractores, y por último otro teniente con su pelotón, que ocupaba el cerrito de Las Manzanas. Mientras emplazaba la gente en esta línea, íbamos combatiendo, pues el enemigo avanzaba frontalmente sobre dicha línea. Ya para las 10:00 a.m. habíamos consolidado nuestra línea y nuestras ametralladoras y fusiles mantenían al enemigo a raya.

Pero a las 10:30 a.m. llegan tres aviones enemigos, le tiran un saco blanco a las tropas de Tijerino, que inmediatamente lo interpreté como un mensaje. Cuando esto sucedía, se encontraba conmigo en la torre el teniente Arrea, quien me pidió permiso para ir a buscar dicho mensaje, a lo cual me opuse rotundamente, pues sabía que los francotiradores lo tirarían antes de que pudiera alcanzar el saco con el mensaje.

Sin embargo, adelanté mi juicio y le dije: ese mensaje quiere decir lo siguiente: “Ataquemos la torre con fuego de ametralladora y bombas hasta rendirla. Ataquen ustedes a lo largo de toda la línea. Manden tropas a capturar y limpiar el campo de aterrizaje, para que nuestros aviones puedan bajar” Yo estaba en lo cierto en mi interpretación, pues enseguida comienzan los aviones a atacar la torre con fuego concéntrico de ametralladoras y bombas. Comienzan los avances de la infantería enemiga a lo largo de toda la línea, aullando como lobos. Llega un camión cargado de tropas al campo de aterrizaje, y en seguida comienzan estas a despejar el campo, que había sido obstruido por nosotros con traviesas y otros obstáculos. Comienzan los francotiradores con su fuego mortífero sobre la torre y los puntos salientes de nuestra línea.

Pero no había poder humano que nos hiciera retroceder ni una pulgada. La intensidad de la batalla iba en crescendo minuto a minuto. Mandé llamar al teniente Juan Arrea, para que viniera a la torre con otra ametralladora Mendoza. Con ésta eran tres las ametralladoras emplazadas en dicha torre. El sargento Rodrigo Quesada manejaba la de sitio, el teniente Juan Arrea una Mendoza y el teniente Elías Vicente la otra. De vez en cuando yo ayudaba a uno de estos últimos, y en otras ocasiones usaba mi rifle de precisión.

Por espacio de cuarenta minutos sufrimos el ataque concentrado de los aviones, ametrallando y bombardeando la torre y puntos salientes. Nuestras ametralladoras no paraban un minuto. Atendimos a los aviones con las dos Mendozas, y con la ametralladora de sitio batíamos alternativamente las olas de infantería, a la tropa que llegó en camión al campo de aterrizaje, que por cuatro veces repitió la misma maniobra, y a otra columna que en tres ocasiones salió del aserradero para capturar el cerrito de Las Manzanas, pero que las tres veces fue rechazada por nuestro fuego concentrado de ametralladoras desde la torre, que era a la vez mi puesto de mando.

Las tropas enemigas eran valientes y resueltas, e hicieron sobrehumanos esfuerzos por romper nuestras líneas y flanquearnos. Pero yo permanecía impertérrito en aquella torre de mando, impartiendo órdenes que eran ejecutadas con rapidez y precisión por mis muchachos, que ya para esa época estaban completamente identificados, en cuerpo y espíritu, conmigo, y a quienes electrizaba con mi voz de mando.

En el curso de la batalla y en los momentos más críticos, desde la torre de mando yo enviaba al doctor Gómez Robelo, quien servía de agente de enlace, a lo largo de la

línea, con instrucciones precisas para todos los oficiales y soldados, de que pagaría con su vida quien diera la espalda al enemigo. También el doctor transmitió la consigna de que mis ametralladoras, que para entonces ya controlaban al enemigo, podrían virarse y ultimar a aquellos que abandonasen su puesto de honor. El doctor, al regreso de cada una de sus misiones, traía siempre la misma respuesta: los muchachos están en sus puestos y dicen que morirán al lado suyo, antes de ceder una pulgada al enemigo. En repetidas ocasiones mandé hacer saber a la tropa que la suerte de la revolución costarricense se estaba jugando, y apelaba a su patriotismo con el objeto de tocar su orgullo y su sentimiento de honor. Los muchachos me respondieron con dignidad y decoro.

Ya a la una del día [de la tarde] los aviones se habían retirado. Nuestras ametralladoras, recalentadas por el continuo fuego, y nuestros fusiles, habían logrado estabilizar nuestra línea de combate y obligaban al enemigo a mantenerse escondido y a la defensiva. Habíamos logrado neutralizar la iniciativa del enemigo. Como una fiera herida, se encontraba acorralado. Sólo el tiro de gracia hacía falta para ultimarlo. Sin embargo, esto último se nos hacía casi imposible. Quedaban los francotiradores emplazados en puntos dominantes y era fatal para nosotros salir de nuestras posiciones para lanzar un contraataque. Por otra parte, no contábamos con tropas suficientes para contraatacar.

En vista de las condiciones en que nos encontrábamos, preferí esperar por algunas horas para darle un pequeño descanso a la tropa y dar oportunidad a la llegada de los refuerzos que, en el momento crucial de la batalla, había pedido con el sargento Piquín Fernández, quien en un jeep había atravesado las líneas enemigas a toda velocidad, no sin antes recibir el impacto de numerosos proyectiles enemigos en su vehículo.

De la una a las cinco y media de la tarde, el fuego había disminuido en intensidad, y alternativamente, ráfagas de ametralladora y descargas de fusilería indicaban la posición del enemigo. Nosotros contestábamos el fuego en forma vigorosa.

A las cinco y media de la tarde el sargento Bermúdez, quien servía de enlace, llegó corriendo a la torre para informar que había llegado al cerrito de Las Manzanas un pelotón de refuerzo al mando del teniente Domingo García. Inmediatamente le mandé orden de que viniera a la torre para conferenciar conmigo. Deseaba además felicitarlo por el concurso que, desde ese momento, nos iba a prestar. Vino García a la torre; le expliqué nuestra situación militar y le ordené volverse al cerrito, con instrucciones de cavar trincheras y hacer parapetos para pasar la noche en la más rígida vigilancia, pues temía que el enemigo se nos infiltrara desde el aserradero hacia la carretera (este punto

había estado abierto al enemigo desde que el teniente encargado de protegerlo la había abandonado en el momento en que los aviones nos atacaron) También dije a García que contraatacaríamos en las primeras horas de la madrugada, protegidos por la oscuridad; que todavía esperábamos refuerzos.

Una piña y una taza de café habían sido todo nuestro alimento en las doce largas horas de batalla. Sin embargo, los muchachos mantenían el espíritu alto y la fe absoluta en el triunfo final. En estas condiciones nos preparamos para pasar la noche: todos en sus puestos, ejerciendo la más estricta vigilancia, pues se temía que el enemigo, protegiéndose con las sombras de la noche, se infiltrara en nuestras líneas. Toda la tropa se abstenía de fumar para no delatar su presencia.

Así esperamos hasta las once de la noche la venida de los ansiados refuerzos, que no llegaron. Nuestros ametralladoristas y nuestros fusileros perforaban el negro horizonte en busca del enemigo y no perdonaban ni siquiera una hoja seca que volara en el espacio.

Al ver que no llegaban los refuerzos, mandé citar a todos los oficiales a la torre, para conferenciar con ellos y fijar la hora y manera en que nuestro contraataque debía ser lanzado, todo lo cual quedó aclarado y listo para la “hora cero”.

En este momento, la situación militar de nuestras tropas era la siguiente: una línea de defensa, extendida de norte a sur, desde el cerrito de Las Manzanas hasta una casita cercana al cementerio, aproximadamente de un kilómetro de longitud, extendida al oeste del pueblo, y protegida por unos 30 o 40 hombres. Un bolsón formado en el centro de la plaza por los dos pelotones de reserva, y parte del grupo de Morazán, todos atrincherados en la plaza. Este bolsón estaba constituido por unos 40 a 50 hombres.

### TERCERA FASE.

La hora para comenzar el contraataque fue fijada para las tres de la madrugada. Durante la conferencia con mis oficiales en la torre y a oscuras, hablando a sotto voce, les hice una revisión completa de nuestra situación militar. Les hice una comparación objetiva del arte de la guerra y el juego de ajedrez, demostrándoles que en éste una ficha mal movida podía perder el juego, y que lo mismo acontecía en el arte de la guerra. Les hice ver una vez más que nuestra situación era crítica, a pesar de que manteníamos al enemigo a distancia. Que no podíamos darnos el lujo de permitir que el enemigo tomara la iniciativa, porque éste muy bien podía reagruparse y contraatacar en la madrugada.

Pero nosotros nos adelantamos y llegada la hora cero comenzamos el contraataque.

Nuestro contraataque se efectuó de la manera siguiente: comencé por formar las columnas con las cuales debíamos lanzar el contraataque. Le pregunté al capitán Odio: ¿cuántos hombres tiene usted, capitán?. Tengo ocho hombres. Bueno, pues deme seis y quédese aguantando su posición con dos hombres. Lo mismo le pregunté al capitán Rodríguez; también me contestó que tenía ocho hombres y también le dije que me diera seis y que dejara dos en su puesto, y así sucesivamente le fui quitando a cada puesto los hombres y dejándole dos para que aguantaran la posición.

De esta manera formé una pequeña columna de veinte hombres, que puse al mando del capitán Mario Rodríguez Rodríguez, llevando como segundo al teniente Roberto Fernández.

La misión de esta pequeña columna era una misión suicida, y así se lo hice saber a los dos oficiales, que de manera serena y varonil aceptaron esta comisión. Los muchachos respondían magistralmente a mis órdenes y el espíritu de sacrificio con que aceptaron esta misión auguraba buen éxito en la ejecución del plan que me proponía desarrollar.

Esta pequeña columna debía salir del cementerio a las 8 a.m., debía atravesar la carretera e internarse en unos charrales (malezas) que se extendían hacia el este, en el sector comprendido entre la carretera y el campo de aterrizaje, para infiltrarse arrastrándose de barriga, para no ser advertidos por los francotiradores que se habían quedado ocupando los árboles frondosos vecinos a dicho sector. Debían avanzar con la mayor precaución hasta llegar a situarse detrás del sitio de la Comandancia (la casa llamada Kentucky, que estaba ocupada por el enemigo desde el lunes por la mañana). Después de que llegaran al borde del patio, detrás de un platanal que había, debían esperar allí acostados de barriga hasta el amanecer. Entonces debían abrir de improviso un fuego nutrido de ametralladoras de pecho, fusiles y granadas de mano, y avanzar rápidamente hasta llegar a apoderarse de la Comandancia, atacando a sus ocupantes por la retaguardia y por sorpresa.

Una vez que ocuparan la Comandancia a fuego y sangre, debían atravesar la calle diagonalmente hasta caer en las trincheras en donde estaban nuestros compañeros, ya para ese tiempo exhaustos y hambrientos.

Les di una bandera azul para que me hicieran una señal convenida al momento de

cruzar la calle, para no hacerles fuego, pues nuestras ametralladoras de la torre no perdonaban a ninguna persona que atravesara la calle en cualquier dirección que fuera.

Los muchachos cumplieron fielmente su cometido y desde la torre de mando los vi cruzar la calle sin que les hicieran bajas, todo lo cual me llenaba de entusiasmo y ardor patriótico. En mi alegría pensaba que ya mis compañeros de armas verían y se darían cuenta de que yo no los había abandonado a su propia suerte.

Los oficiales Rodríguez y Fernández no sólo cumplieron su misión, sino que hicieron una apreciación exacta del enemigo y de la situación, e inmediatamente lanzaron una ofensiva para desalojar a éste de la iglesia.

El enemigo ocupaba el costado norte y la parte este de la iglesia, parapetado detrás de la cerca de ésta; ocupaba también una casa de dos pisos, situada al norte de la iglesia y otra casa al este de ella, en la cual había establecido su puesto de mando el general Tijerino.

La columna de los oficiales Rodríguez y Fernández, reforzada por algunos compañeros que salieron de las trincheras, entabló un duelo a muerte con las tropas enemigas que asediaban ese sector de la plaza. Según me refirió el capitán Rodríguez en su parte oficial, en la primera etapa de ese contraataque a las posiciones enemigas -vecinas al parque y a la iglesia- fueron ellos rechazados por el enemigo, en primer lugar, por haber llegado, en el preciso momento del contraataque, un avión enemigo que ametralló y bombardeó en forma tan intensa, que hizo imposible todo avance; en segundo lugar, porque las tropas de Tijerino contaban con una máquina de sitio emplazada en el segundo piso de la casa contigua a la iglesia (al norte) y otra en el puesto de mando de Tijerino (al este).

Mientras esto sucedía, ya mi otra columna venía contraatacando el flanco izquierdo, como más adelante se verá.

El capitán Rodríguez, desde su nuevo puesto de mando, envía un agente de enlace a la torre, dándome su posición e indicándonos que se proponía lanzar otro contraataque contra las posiciones de Tijerino, y que para tal efecto debíamos apoyarlo con el fuego de nuestras ametralladoras de sitio, desde la torre, para darle oportunidad de coordinar su ataque. Nos indicaba además el sector que debíamos batir con la ametralladora de sitio, todo lo cual hicimos en perfecta sincronización.

Lanza la columna de Rodríguez y Fernández su contraataque y comienza a desalojar al enemigo de las posiciones en que había estado fijo.

Volvamos atrás para seguir el movimiento de la columna que, por el flanco izquierdo, contraatacó.

Esta columna la formaba el pelotón del teniente Domingo García, quien llevaba como segundos a los oficiales Acuña y Juan Bautista Gamboa. La misión que les asigné fue la siguiente: en perfecta sincronización con la columna del capitán Rodríguez, debían salir del Cerrito de Las Manzanas a las tres de la madrugada, para efectuar un movimiento de flanqueo, describiendo un arco de círculo, para lo cual debían internarse en el bosque hasta caer a un punto fuerte del enemigo: el aserradero. Este aserradero era el punto fuerte más al norte de la línea enemiga. Les advertí que debían internarse bien adentro del bosque para no ser vistos y caer inadvertidamente por la retaguardia del enemigo. Que una vez llegados a unas cincuenta yardas de su objetivo, debían hacer lo mismo que la columna de Rodríguez y Fernández: atacar por retaguardia y por sorpresa, con ametralladoras de pecho, granadas de mano y descargas de fusilería, hasta desalojar al enemigo de su posición. Si este flanqueo se lograba efectuar, desalojando de este punto al enemigo, hubiésemos estado cerrando las pinzas de nuestros movimientos envolventes por ambos flancos.

### Movimiento de la columna de García

Esta columna salió del Cerrito de Las Manzanas a las 3 a.m. Como se explica más arriba, la misión de esta columna era la de flanquear al enemigo hasta situarse a retaguardia de éste, y atacarlo por sorpresa. Pero el oficial encargado de ejecutar la misión no cumplió mis instrucciones y fue advertido por el enemigo, por haber avanzado por la orilla del bosque, en vez de internarse en él, como se le había ordenado. Al darse cuenta el enemigo de que esta columna venía avanzando, la recibió con un fuego mortífero de ametralladoras y fusiles, desde el aserradero y desde una zanja situada en las cercanías de la cárcel (edificio del Teatro General), lo que obligó a la columna de García a replegarse a su punto de partida original. Desde la torre observé que venían batiéndose en retirada, e inmediatamente me dispuse a venir en auxilio de ellos; me acompañaban el teniente Vicente, con una ametralladora Mendoza, y un fusilero de apellido Elizondo. Mientras tanto, dejé al sargento Quesada y al teniente Arrea en mi puesto de mando en la torre, con sus ametralladoras respectivas, y con instrucciones de transmitirme cualquier mensaje que recibieran de los otros compañeros.

Avancé rápidamente al encuentro de García, y una vez que establecimos contacto, al preguntarle yo qué le pasaba, me contestó que “el enemigo estaba muy duro”, y que “tenía un poder de fuego muy grande”. Entonces le repliqué que eso les sucedía por no haber cumplido mis instrucciones, pues de haberse internado en el bosque se habrían evitado el ataque del enemigo. Inmediatamente les dije que me siguieran y avanzamos rápidamente, internándonos por el bosque. Describimos un arco, en movimiento de flanqueo, hasta situarnos a cincuenta varas a retaguardia del enemigo, que estaba situado en el aserradero. Lo atacamos violentamente con ametralladoras de pecho y granadas de mano, y en diez minutos habíamos desalojado al enemigo, después de haberle hecho seis bajas. Ya para esa etapa de la batalla, estábamos casi cerrando la pinza con Rodríguez y su columna, que ocupaban el flanco derecho. Sin embargo, el enemigo todavía hacía una resistencia obstinada y desesperada, y se replegaba hacia las barrancas del río, no sin antes incendiar las casas que ocupaba, para proteger su retirada y librarse del fuego mortífero que le hacía la columna de Rodríguez por el costado derecho.

Una vez que hube capturado el aserradero, me adelanté unas veinticinco varas, gateando, hasta alcanzar las barrancas del río, para hacer una observación de las nuevas líneas enemigas. Desde mi puesto de observación pude advertir que el enemigo se había parapetado a lo largo de las barrancas, ocupando una línea aproximadamente de medio kilómetro, que desde esa línea seguía haciendo resistencia desesperada, por consolidarse.

En ese preciso instante, más que nunca, veía amenazado el futuro de la guerra de Costa Rica, pues me daba cuenta de que el enemigo muy bien podía recibir refuerzos, o podía reagrupar sus maltrechas fuerzas y contraatacarnos en las posiciones que en ese momento estábamos ocupando las columnas de Rodríguez y la mía, que nos habíamos alejado de nuestras líneas originales de resistencia. En ese momento me desesperé, al ver que teníamos al enemigo casi en nuestras manos y, sin embargo, no podíamos darle el tiro de gracia, ya que aún era más numeroso que nosotros, estaba parapetado en las barrancas del río, y contaba con máquinas que habían emplazado apenas ocuparon sus nuevas posiciones. En ese momento pensé que se nos iba el triunfo de las manos, y rápidamente tomé una decisión, tal vez la más arriesgada que he tomado en mi vida: consistía en cruzar el río rápidamente, sin ser advertidos por el enemigo, internarme en el bosque y situarme a las espaldas de la tropa de Tijerino, para romperles la columna vertebral. Con la rapidez del relámpago crucé el río con quince hombres, mientras dejaba a García con cuatro y una ametralladora de pecho para protegernos mientras cruzábamos el río.

Una vez que lo cruzamos, me interné en el bosque y avancé rápidamente hasta situarme a la retaguardia de la tropa enemiga, sin ser advertido. Desde allí les lanzamos un contraataque de fuego concentrado, luchando a treinta varas de distancia con el enemigo, empleando granadas de mano y fuego de ametralladoras, hasta sacarlo de las barrancas del río y obligarlo a huir río abajo en franca derrota y desmoralizado. Era un “sálvese quien pueda”. Ya en la fase final, y mientras los perseguía, me salieron al encuentro dos bravos francotiradores, con quienes sostuve un duelo por espacio de diez minutos. Posiblemente estaban destinados a cubrir la huida de sus compañeros, y cumplieron con su misión hasta la muerte, pues ambos mordieron el polvo.

### La Corneta Despavorida

Se escuchaba el agudo llamado de una corneta. Era el clarín que transmitía entre el enemigo la consigna de huir. No se oían ya los aullidos de lobo con que las tropas de Tijerino acompañaban sus ataques, ni los atronadores vivas a Calderón Guardia, a la Guardia Nacional y al comunismo. Jadeantes, hombres despavoridos corrían hacia las montañas, buscando la salvación.

Mientras hacía mi asalto por el bosque y por la retaguardia de las tropas enemigas, oía con intermitencia el tableteo de la ametralladora del pundonoroso oficial Domingo García, a quien había dejado con cuatro hombres cubriéndome la retaguardia cuando tomé la decisión de cruzar el río. Me guiaba por su fuego y así estaba seguro de que podía avanzar e internarme lo más posible a la espalda del enemigo, en la seguridad de que éste no me iba a flanquear. García permaneció impertérrito en su puesto hasta que yo terminé mi misión, contribuyendo eficazmente al triunfo en esta última fase de la batalla.

Los méritos contraídos por el oficial Domingo García en todas las acciones de guerra en que tomó parte durante la campaña de liberación lo llevaron a obtener el grado de mayor del Ejército de Liberación de Costa Rica, siendo uno de los oficiales más valerosos, serenos y disciplinados que hayan servido bajo mi mando.

Debo hacer mención especial de los valerosos soldados de su pelotón que cruzaron el río conmigo, en camino a la muerte, sin vacilaciones, conscientes de su deber. Se distinguieron por su serenidad y disciplina el teniente segundo Juan Bautista Gamboa, el sargento Badilla, los cabos Angel Rafael Hernández Blanco (herido levemente en un brazo), A. Umaña y dos soldados más, cuyos nombres no tengo a mano. Este grupo de cinco, conducido por mí, que fue lo que me quedó de mis quince hombres,

había realizado el milagro de destrozar por la retaguardia a un enemigo diez veces más numeroso, que se encontraba parapetado en las barrancas del río. Atacábamos al enemigo con la rapidez con que ataca un tigre enfurecido, hasta disparar los últimos cartuchos de nuestros rifles. Cuando nos retirábamos, ya rota la espina dorsal del enemigo, me quedaban a la mano mi pistola 45 con dos cargadores, y una granada de mano, que la conservaba hasta última hora para suicidarme antes de caer en una emboscada enemiga. Mis hombres restantes venían detrás de mí muertos y heridos, y el enemigo iba huyendo despavorido.

Así terminó, como a las 12:30 p.m., la más reñida de todas las batallas que se libraron durante la campaña de liberación.

La historia de la guerra que fundó la Segunda República recogerá algún día esta gloriosa gesta del pueblo de San Isidro de El General, que muy bien pudiera llamarse la cuna donde nació la Revolución.

San Isidro de El General fue el pueblo que más sufrió durante todo el curso de la guerra. Todavía se ven las cicatrices que dejara la furia destructora de las fuerzas gobiernistas. Como mudos testigos aún quedan los cráteres de las bombas lanzadas en más de diez misiones de bombardeo, y las cenizas de las casas incendiadas por las fuerzas invasoras de Tijerino y de Leiva, para cubrir su retirada, protegidas por las columnas de fuego y de humo.

El resto de las tropas de Tijerino y de Fallas emprendió la retirada hacia El Palmar, rumbo a Buenos Aires, dejando un rastro de sangre y de fuego en su camino. Mientras esto sucedía, las patrullas que de antemano habíamos emboscado, para taponear los caminos que conducen a San Isidro, se encontraron con la maltrecha columna de Tijerino, y en el cambio de disparos murió el general Tijerino. Así terminó la vida de este valiente pero equivocado general.

Cuando ya se iba extinguendo el fuego de la batalla en persecución del enemigo, llegó el capitán Morazán con los refuerzos que le había ordenado ir a buscar en la primera fase de la batalla, cuando despaché al sargento Piquín Alvarez en un jeep con instrucciones de que viera a Morazán y se fueran en seguida a Santa María a organizar una columna de refuerzos, y que yo me quedaba aguantando las posiciones. Morazán llegó con tres pelotones, trayendo además un tanque blindado, y en seguida entraron en despliegue para reforzar nuestras posiciones.

Pero ya la batalla estaba llegando a su fin y sólo uno que otro disparo se oía a distancia con dirección al rumbo que llevaba el enemigo. Si estos refuerzos hubieran llegado una hora antes, posiblemente hubiéramos capturado a la mayor parte de nuestros adversarios. Todo esto indica la eficiencia con que operaban nuestras fuerzas.

Los jefes de dos de dichas patrullas, el entonces sargento Francisco Rojas Mora y el teniente Clemente Alpírez Garay (muerto en la última batalla de San Isidro de El General, a mediados del mes de abril), me trajeron el cadáver del general Tijerino al pueblo de San Isidro, conjuntamente con treinta y dos prisioneros de guerra y una gran cantidad de materiales bélicos, que le fueron ocupados al enemigo en precipitada fuga.

Después de llenar las formalidades de orden, designé al capitán Morazán y al presbítero Núñez para que enterraran al general Tijerino, cristianamente y con todos los honores militares que correspondían a su grado, todo lo cual se hizo, enterrando también a un valeroso soldado nuestro que murió a consecuencia de las heridas que recibiera en el combate. Tijerino había sido noble y caballeroso, al tratar con decencia y consideración a nuestros compañeros, los tenientes Fernando Ortuño y Carlos Mendieta, que habían caído prisioneros en su poder días antes de la batalla de San Isidro de El General. Pero aún sin este crédito en su favor, me correspondía hacerle el último homenaje que se rinde a los bravos que como él habían caído en el campo de batalla de frente a sus adversarios.

No cabe duda de que el general Tijerino era un gran soldado; que peleó con valor, con eficiencia y tenacidad, para capturar San Isidro de El General, que era el punto clave de todo el Frente del Sur. Estuvo casi a punto de lograr su objetivo, pero el coraje y la decisión de los hombres y la técnica empleada en conducir la batalla salvaron a la revolución de una derrota que hubiera sido fatal para la causa libertadora. El general Tijerino subestimó nuestra capacidad táctica y nuestro poder de fuego y de organización, pues en lo más crítico de la batalla dijo a mis compañeros de armas prisioneros en su poder, que me daba una hora para que me rindiera. Lo mismo me mandó a decir con unos emisarios que se hicieron pasar como miembros de la Cruz Roja, pero que, reconocidos por nosotros como enemigos de la causa, los dejé guardados para que no fueran a dar nuestras posiciones y la disposición de mis tropas. Ese error le costó la batalla a mi adversario, pues en ningún momento yo minimicé su capacidad y su gran iniciativa para el asalto. Por eso movía cada ficha con precisión y tacto, pues sabía que el que mejor jugara, ese ganaría la batalla. Parece que yo jugué mejor que el adversario.

-----

**Transcrito por Werner E. Korte, 27/II/2016.**

Este relato del general Ramírez, que circuló en copias mecanografiadas durante muchos años, también ha sido publicado en el libro *San Isidro en Llamas*, editado por la Universidad de Costa Rica, como parte de la colección *Testimonios del 48*, colección de testimonios recopilados por Guillermo Villegas Hoffmaister en el año 2002. La presente transcripción ha sido hecha a partir de un ejemplar mecanografiado que perteneció a mis tíos Luis Guillermo y Francisco Núñez Quesada. Confrontado con la versión que publicó Villegas Hoffmaister, presenta varias y notorias diferencias.

Vale la pena señalar que en este combate, ocurrido entre los días 22 y 23 de marzo de 1948, ya puede observarse que el gobierno actuaba de manera incierta, sin tratar de aplastar en forma decisiva una insurrección que terminaría derribándolo. Posiblemente en esto hay mucha culpa en las extrañas incongruencias que este gobierno presentaba: tanto el presidente Picado como su mentor y predecesor, el Dr. Rafael Angel Calderón Guardia, eran íntimos del general Anastasio Somoza García, hombre fuerte de Nicaragua en ese momento, pues tenía un títere en la presidencia, y sin embargo, sus principales aliados, y quienes realmente libraron la guerra, por parte del gobierno, eran los comunistas, que cada vez más iban apegándose a la línea de Moscú, aunque hablaban siempre de un “comunismo a la tica”. Ya dentro del partido iba aflorando un bando más estaliniano, liderado por Arnoldo Ferreto, y en los años cincuenta aparecería la primera generación formada en la Escuela de Cuadros de Moscú, que terminó por desbancar en 1983 al líder y fundador del partido, Manuel Mora Valverde y a su familia, pues este partido se había convertido en una franquicia familiar. Sin embargo, rígidos y dogmáticos, en un momento en que el comunismo se empezaba a derrumbar en Europa, con este paso, que fue avalado por Moscú, el comunismo costarricense se desbarató en 1984, antes de que llegara la Perestroika, y de manera bastante ridícula.

Así, a estas milicias comunistas, el gobierno las envió a enfrentarse a los figueristas y a hostigarlos, pero advirtiéndoles que no entablaran combate en forma. Su armamento consistía en su mayoría en fusiles Remington Rolling-Block de 1870, y en algunas ametralladoras, sobre todo Mendoza, mexicanas. Esto, a pesar de que el gobierno contaba con excelente armamento, moderno y sin estrenar, en sus arsenales. Fueron organizados en tres columnas, cuyos comandantes son una muestra de la incongruencia que mencionamos: General Enrique Somarriba Tijerino, nicaragüense y comunista, uno de los antiguos comandantes de Sandino, coronel Juan Leyva Leyva, también nicaragüense, pero ex-Guardia Nacional somocista, y el zapatero, líder comunista y escritor Carlos Luis Fallas. Estas tres columnas terminaron enfrentándose plenamente, y

pese a que contaban con algo que podríamos denominar apoyo aéreo (unos aviones AT-6 de entrenamiento, improvisadamente artillados, y un DC-3 que estuvo lanzando bombas hechas con tanques de acetileno en los talleres del Ferrocarril por un veterano de la Guerra Civil Española)

Los milicianos, pese al tremendo esfuerzo que hicieron, y a pesar de que consiguieron apoderarse de la mitad del pueblo de San Isidro de El General, a unos 120 km. al suroeste de San José, no pudieron sostenerse y terminaron emprendiendo una retirada desordenada, que permitió a los figueristas conservar el importantísimo y estratégico campo de aterrizaje de la población, desde donde iban y venían los aviones de la línea aérea TACA, de los que se habían apoderado, hasta un aeropuerto en Guatemala, desde donde vino el armamento que les permitió ganar la insurrección e instalar lo que se empeñaron en llamar “Segunda República”. En este contexto es que hay que leer lo relatado por Ramírez, quien no volvió a República Dominicana, su patria, hasta 1962, después de la muerte del generalísimo Rafael Leonidas Trujillo.

Ramírez, que en su país es considerado uno de los principales líderes de los conatos -que de ahí no pasaron- de insurrección contra Trujillo, también participó en el conflicto de Caamaño Deñó y en varias otras actividades, hasta que terminó participando en la política de su patria. Murió el 28 de julio de 1985, en Santo Domingo.

---